

SECUESTRO Y CAPUCHA

POR SALVADOR CAYETANO CARPIO

Se esfuerza por dar a su voz una entonación grave, pausada, ceremoniosa:

—“Nosotros no queremos causarle daño. El gobierno no quiere crear víctimas. Acepte en declarar como queremos”.

Vuelven a las mismas preguntas. Fantásticas. Persiguen comprometer a muchos ciudadanos en un inexistente complot. Paulatinamente van abandonando el tono grave, el ademán ceremonioso, reposado. Poco a poco va cobrando sonido metálico su voz, se impacienta, se irrita, chillá, estalla:

—“Vuélvale a poner la capucha”.

Se desmorona todo su edificio impresionista. Vuelven a llamear los ojos de los verdugos con sadismo de bordado. De las bocas aguardentosas se precipitan cataratas de lo fétido de sus injurias y toda la maquinaria de la asfixia se vuelve a poner en movimiento: el hule, los cordeles, el jinete, puntapiés... Una, dos... tres, cuatro veces... cuatro agonías, ahora hondamente más dolorosas, pues los pulmones, doliendo como heridas lastimadas, se tornan más sensibles al esfuerzo supremo de la asfixia.

Luego, habla el jerarca detrás de su antifaz:

—“Levántelo ya. Este no quiere con capuchas”.

Me quitan el hule, me sueltan, me levantan.

o o o

Los tres jefes se consultan en voz baja. Parece que se están poniendo de acuerdo sobre si ya llegó el momento de poner en práctica la segunda parte de su plan. La cavernosa voz del personaje máximo da una orden seca, cortante, colérica:

—“Traigan a la mujer de éste”.

Dos verdugos vuelven a cumplir el mandato. La sala queda envuelta en el silencio. Por las ventanas abiertas, en alas de la brisa que entra bienhechora, se escuchan los sonidos apagados de una ciudad que duerme la nerviosa clarinada de un gallo que canta, el ladrar de los perros por allá, por la cuesta de La Vega, la vocina de un automóvil... Casi se siente el ábito humano y cálido de 200.000 seres que descansan de sus fatigas. Cuánta gente nos rodea, aquí cerquita, casi se podría tocar con la mano; gente nuestra, gente del pueblo, gente que sufre, que espera, que ansía un nuevo despertar sin la pesadilla de la miseria y del hambre! Los verdugos no la sienten. Pierden la perspectiva de las cosas. Se creen impunes. ¡Absolutos, omnipotentes! Qué fácil es también para un obrero olvidarse de esto, creerse solo, indefenso, abandonado en garras de las fieras! ¡Pero qué gran error el dar cabida aunque fuera por un segundo, a esa sensación de soledad e impotencia! No estamos solos los obreros, los que anhelamos la libertad y la justicia. Aun en los lugares más apartados, más aislados, cuando parece que nadie sabe dónde estamos, que nadie oye nuestra voz —si estamos defendiendo los intereses del pueblo— allí está el pueblo con nosotros, infundiéndonos voluntad y la fuerza de miles y miles de corazones palpitando al unísono. No estamos solos. Y los verdugos parecen ignorarlo. Se esfuerzan por anonadar a sus víctimas haciéndoles sentir la limitación de sus fuerzas físicas, haciéndoles sentir que están solos, que en ese momento nadie puede ayudarles. Parecen ignorar los verdugos que cada golpe que descarguen sobre un obrero, un campesino, sobre un luchador

demócrata, por mucho que se aislen para que nadie los vea, por mucho que se amparen en las sombras de la noche, no podrá quedar impune. El pueblo por momentos puede parecer dormido, indiferente, tardío; pero tiene millones de ojos, millones de oídos, millones y millones de manos que trabajan, que construyen, que crean; pero que también envuelven, aprisionan, rodean en una red inescapable a los verdugos y a los cerebros que están tras los verdugos y que no los dejará escapar de la justicia, cuando, en camino de alcanzar la libertad, la justicia sea la expresión de los intereses populares.

Ya están de vuelta. Traen a Tulita. Qué demacrado está su rostro. Qué pálido y marchito. Qué hondas huellas de sufrimiento ha marcado en su frente el horror de estos días. Pero en sus ojos hay fuego. Ella también me está examinando. Estamos a la par, el uno al otro.

Han reanudado las preguntas y amenazas. Finalmente ella les dice:

—“Es increíble la forma en que están ustedes procediendo. Cómo a base de torturas quieren arrancar declaraciones falsas. Hasta a esa pobre señora que está en la misma bartolita conmigo, dueña de un comedor, y que jamás ha pensado en llegar a un sindicato, la han golpeado tan bárbaramente”.

—“Por qué dice eso?”, pregunta.

—“Porque esto no se había visto nunca antes”.

Creo oportuno hacer una observación:

—“El recurrir a estos métodos es el medio más seguro de que el gobierno caiga en el más profundo desprestigio ante el pueblo. Todo esto el pueblo lo tendrá que saber”.

Al ver que un agente, con una mano me ha agarrado el cabello y con la otra me va a descargar una bofetada en el rostro, exclama mi compañera:

—“No repliques nada, Salvador, te van a golpear”.

Simultáneamente se oyen toques en la puerta de la sala. La bofetada se detiene en el aire. Un agente abre. Vuelve a cerrar la puerta y regresa apresurado. Susurra algo al oído del jerarca principal. Este da una orden. Nos vendan los ojos con seídas mantas dobladas en dos, cuyos extremos nos anudan a la cabeza. Vuelven a abrir la puerta y entran un grupo de personas. El cuarto se ha llenado de sus pasos. “¿Quiénes serán?” ¿Qué importantes personajes han de ser como para que nos tengan que cubrir los ojos? ¿Por qué tanto interés en que no podamos identificarlos después, siendo que por el contrario, no tienen interés alguno en impedir que veamos, juntos con los torturadores, a los más altos Jefes de la Policía? Sin duda algunos son muy altos funcionarios del gobierno, pero: “¿Vendrán entre ellos sus asesores de la Embajada Norteamericana?” El pensamiento es interrumpido por una voz ya conocida. De entre el grupo que ha entrado, Medrano me dirige la palabra:

—“Por fin Carpio, nos va a decir si ustedes son comunistas, nos van a decir quién los conquistó para el comunismo? ¿Quiénes más lo son?”

—“Ustedes me han estado vigilando durante mucho tiempo. Se han dado cuenta de que todas mis actividades se han desarrollado dentro del movimiento sindical, a lo cual, como ciudadano y trabajador tengo pleno derecho, garantizado por la Constitución Política y las leyes respectivas. Nada en absoluto sé de lo que me preguntan”.

(CONTINUARA)